

IV.

La verdad es que no hay monumento como el de Asis, ni vida como la de San Francisco para estudiar uno de los hechos históricos en que más empeñada, repito, se halla la ciencia moderna; el nacimiento de las leyendas religiosas. Cada una de estas piedras da testimonio vivo de cómo un hombre, sujeto á todas nuestras condiciones, se eleva en poco tiempo á lo sobrenatural, perdiéndose en los celajes resplandecientes de la fantasía hasta convertirse su persona histórica en mito, su vida real en soñada leyenda. Extraordinarias facultades morales ó intelectuales, á la verdad, le adornan; exaltada virtud, elocuente palabra, efusivo amor, le llevan á grandes ideas y á grandes hechos: las gentes le siguen, los sectarios le adoran, los discípulos lo magnifican y poco á poco la fantasía inflamada lo trasfigura, y el arte, el buril y el pincel acaban la obra iniciada, que crece y toma diversas fases en los espejismos siempre movibles de las tradiciones. Después de algún tiempo puede resultar el pensamiento de Aristóteles, puede resultar la poesía más verdadera que la historia, ó

el pensamiento de Platon, que la belleza del mito sea sólo el resplandor de su verdad intrínseca y el hombre del arte y de la poesía aparezca más real que el hombre de la crítica y de la historia. Pero venid á esta tierra de Asis; registrad estos sitios consagrados por una de las más bellas figuras que guarda en sus anales la humanidad; id á su casa, todavía señalada en las tradiciones, donde encontraréis el recuerdo de los castigos impuestos por su familia á la extraordinaria vocacion del santo; trasladaos á la humilde choza en que ve al Crucificado en sus éxtasis y traza la órden seráfica en sus meditaciones; salid luego al templo-cenobio y sentiréis cómo un jóven falto de ciencia y de letras, movido sólo del amor, tras una vida exaltadísima por la intuicion de lo sobrenatural y la práctica de las predicaciones; tras un sacrificio continuo por el bien de los demas hombres, puede tener en la piedad de los creyentes cuna sobrenatural y sobrenatural sepulcro; herir en la imaginacion de los poetas la tierra estéril y hacerla brotar un raudal de inspiraciones; promover y despertar en la mente plástica de los pintores un cielo de grandiosos pasajes que animen con místicas reverberaciones y extáticas figuras tablas y lienzo, bóveda y pared, claustros y altar; crecer en la fe de sus sectarios hasta el punto de que combatan y mueran por su per-

sona ó por su doctrina, exaltando una y otra hasta los límites altísimos de la leyenda y convirtiéndolas en gracioso ideal de las venideras generaciones.

Nada hay más rico que la leyenda religiosa de San Francisco de Asis, y nada hay más sencillo que su vida histórica. Cierta comerciante de paños y una buena mujer son sus padres. El comerciante se llama Pedro Bernardone, y hace continuos viajes allende los montes en tierra de Francia. Á la vuelta de uno de estos viajes, encuéntrase hermoso y esperado hijo allá por los años de 1182. La madre le habia puesto ya el nombre de Juan; pero el padre, en recuerdo y en agradecimiento á la tierra de Francia, donde se habia enriquecido, le puso el sobrenombre de Francisco. Su educacion fué algo esmerada, si se atiende á la rudeza de aquel tiempo. Aprendió medianamente el frances en las conversaciones con su padre, muy dado á este idioma, y tomó alguna tintura de latin eclesiástico en el mejor seminario de su pueblo. Su juventud pasó encendida en todas las pasiones y agitada por todos los placeres. Lo elegante de su apostura y lo escogido de sus maneras; la varonil belleza del rostro; la gracia y la fluidez de la dición; cierta vena poética para escribir versos; cierta dulzura para cantarlos, dábanle renombre de galante y traíanlo siempre en

tre jácaras, comidas, aventuras, bullicios, serenatas, amores y orgías. Habia en tales fiestas una especie de director á quien llamaban rey, dándole baston ó cetro á la mano y ciñéndole á las sienes rica corona de flores. El que tal cargo desempeñaba, distribuia los papeles en las farsas públicas; dictaba á cada cual las canciones y señalaba los sitios donde debia entonarlas; componia los coros y los ensayaba; concertaba las parejas en los bailes; presidia las comidas y las cenas. Así es que por las noches, en aquellas gozosas fiestas, al verlo pasar precedido de las músicas, acompañado de los humeantes hachones, dirigiendo numerosísima juventud que al són de los instrumentos entonaba deliciosos coros, llamábanle todos alegría de Asis, flor de sus campos, espejo de sus moradores. Su amor propio era tan grande que recogia aquellas alabanzas y las guardaba en la memoria, para repetirlas á cada instante; su ligereza tan extrema, que requería de amores á todas las jóvenes y no se fijaba en ninguna; sus dispendios tales, que temia la familia verle disipar en las larguezas de sus placeres los ahorros de tantos tiempos consagrados á la economía y al trabajo.

La ambicion se juntó á sus demás pasiones para que ninguna de las tormentas humanas dejára de atravesar aquella alma. Los libros de caballería le

trastornaron el seso. En la Edad Media no existía esta inmensa distancia que existe hoy entre la realidad y la imaginación. Creíase hacedero el realizar con la voluntad lo soñado en la mente. Un caballo y una lanza; un pecho férreo y un brazo atrevido bastaban á dar seguridad de emprender las mayores aventuras en aquella tierra movediza, á cada paso abierta por las hendiduras de los volcanes, deshecha por los sacudimientos de los terremotos, trasformada por las continuas catástrofes. Un reino desaparecía con la misma facilidad con que se formaba otro. Del Norte venían tribus y del Sur también que trastornaban geografía y política. La aparición de un señor de Alemania en los Alpes ó de una legion de Arabia en Sicilia, bastaban á desconcertar todos los pueblos y á traer todas las guerras. Por las alturas constituíase cualquier desalmado en príncipe feudal con sólo tener fuerza á sujetar á los campesinos del llano y á limpiar de competidores el monte. Así es que al ir Gauthier de Brienne en demanda de Sicilia á disputar al grande Federico II, tan aborrecido de los Papas, la posesion del hermoso reino, pensó Francisco de Asís en seguirlo, en pelear á su lado, en ganarse á punta de lanza un castillo ó un reino donde saciar su sed de placeres y ejercitar la febril actividad de sus ambiciones. En sueños, despues de haber corrido muchas tier-

ras, peleado con innumerables gentes, ganándose fama de héroe en repetidos encuentros y ruidosas víctimas, veía surgir de los abismos á los aires riquísimo castillo, medio fortaleza y medio palacio, con salones interminables donde campeaban, pendientes de las paredes, arneses, penachos, cimbras, cascos, lanzas, broqueles, manoplas, escudos todos riquísimos, capaces de deslumbrar los ojos más acostumbrados á la plata, al oro, á la pedrería, y preguntando á quién pertenecían tantas maravillas, contestóle misteriosa voz que á él y á cuantos paladines le siguieran. Sus deseos febriles y sus ensueños inquietos llevábanle desde las aspiraciones del amor á las aspiraciones de la ambicion. Su biógrafo Celano le pone en los labios esta palabra que no deja lugar á duda alguna sobre sus deseos de reinar: *Scio me magnum principem futurum.*

Al principiar el siglo décimotercio, las cruzadas retroceden, no porque hayan conquistado el sepulcro de Cristo definitivamente perdido para la cristiandad, á pesar de las victorias del gran Federico II; sino porque han conquistado las populares comunidades, iniciación de la democracia sembrada para siempre en el suelo de Europa. La voz de los misioneros que siglos ántes produjera un pueblo nómada y armado, el cual desde nuestro continente se trasladaba al Asia y moría

abrasado en el desierto por el fuego de las arenas y el fuego de la fe, esa voz que llevaba disuelto el espíritu católico, se estrellaba en el renacimiento de la libertad y en el creciente desarrollo del trabajo. Pero San Francisco, uno de los fundadores de la democracia religiosa que debía acompañar á la democracia política, fué á las últimas cruzadas, separacion verdadera entre el término de los tiempos feudales y el principio de los tiempos modernos. Con la misma alegría de siempre y con la misma ligereza, como si corriera á una de las procesiones ó á una de las fiestas de su valle, corre á las cercanas costas, se embarca en las pesadas galeras, aborda á las playas de Damietta, entra en el ejército cristiano, y no bastando á su exaltado celo y á su febril impaciencia la marcha lenta de aquellos caballos y caballeros abrumados bajo el hierro de sus armaduras pesadísimas, anda á pié por el desierto, penetra en el interior del África, se avista con el jefe de las tribus árabes de Egipto, le predica la fe cristiana, le propone mostrarle entrando en una hoguera y saliendo ileso la verdad del Evangelio y deja allí una orden de penitentes para que rodeen con sus ple-garias y con sus martirios de una especie de escudo religioso y de fortaleza moral inexpugnable, el Santo Sepulcro que no han podido rescatar ni la autoridad de los reyes ni la fuerza de los ejércitos.

¿Cómo se ha verificado esta trasformacion maravillosa?

A la edad de veinticuatro ó veinticinco años, terrible enfermedad le sobrecoge y le lleva á las puertas del sepulcro. Pero sale triunfante de esta prueba, y en la convalecencia extrañas visiones se dibujan confusamente por sus retinas caldeadas de ardentísima calentura é hinchan su corazon de amores hasta entónces desconocidós, como si toda su alma se desprendiese de las terrenales ligaduras y sobrepuesta al cuerpo se recreára en contemplarse á sí misma y en contemplar á traves de sus ideas, como atraves de claro vidrio, la imágen de Dios. La fuerza de la costumbre, sin embargo, le llevaba á sus antiguos placeres, cual si en ellos se encerrase toda su vida y lo confundia con sus antiguos amores, cual si no pudiese sin ellos pasar por este mundo. Un dia siente la ciudad estrecha, la tierra árida, sus amistades insípidas, sus amores vanos, la campiña de Asis como un desierto, el cielo como un pálido crepúsculo, sus ambiciones como fantasmas y se propone desasirse del mundo y perderse en ideal superior á la vida. Para llegar desde el torbellino y el huracan de todos los placeres á este rudo ascetismo, habia necesitado pasar por muchos y muy crueles tormentos. Lo que más le apenaba en tan suprema crisis, era el horror que sentia hácia sí mis-

mo, el menosprecio de todo su sér, el remordimiento por su pasada vida, sus locos placeres, sus locas ambiciones. Aparecía deforme y monstruoso á la mirada más escudriñadora y más segura; á la mirada de su propia conciencia. Queriendo combatirse á sí mismo, se lanzaba al torrente de sus antiguas alegrías, á ver si en el ruido y en el movimiento ensordecía su interior hasta no oír esas voces de reconvenccion y de angustia que le trastornaban. Pero las fiestas públicas aumentaban su tristeza, el canto le sonaba á carcajada histérica, el vino le sabía á vinagre, los manjares á hiel, la hermosura á frío esqueleto, el amor á hastío, la amistad mundana á mentira, y sobre los trasportes del placer oía la salmodia de invisible entierro que llevaba á sepultar en lo pasado toda su existencia tal como hasta entónces habia sido. La soledad se convirtió en su única compañera. Allí, apartado del mundo, se veía frente á frente á sí mismo y analizaba sus pasados afectos y argüía contra sus ambiciones como contra sus pecados. Muchas veces los amigos le asaltaban, le sacudían para arrancarlo de aquel sueño, le llevaban á las fiestas; pero él, deseoso de no desmerecer á los ojos mundanos de aquellas gentes y no revelar las interioridades del alma, pretextaba buscar un tesoro, é iba á encerrarse en oscura caverna donde, entre ayunos, ma-

ceraciones y penitencias, se alejaba de toda su vida pasada y prometía y juraba abrazar otra vida contraria. Cuando entraba en la caverna semejaba un hombre de este mundo, y cuando salía semejaba un hombre de otro mundo, como si bajase de alguna region sobrenatural, como si trajese en su retina y en su frente resplandores de lejanos cielos, como si se transparentara su recóndita alma. Había perdido toda idea del tiempo y del espacio en que estaba, y tomado alas sobrenaturales y transportádose á la tarde suprema del Calvario, donde veía las tinieblas en los cielos y los terremotos en la tierra; las piedras rompiéndose de dolor y las estrellas disipándose en cenizas, la ciudad proterva iluminada por el relámpago y el pueblo deificada iluminado por la ira; fuera los esqueletos de su sepulcro y velados los ángeles en las nubes; las santas mujeres confundiendo sus sollozos con los bramidos del huracan y el discípulo amado y la Virgen Madre al pié de la cruz en cuyos brazos pendía el Hijo del Hombre sacrificado en desagravio al Eterno por rescate de todas nuestras culpas, con la cabeza caída sobre el pecho, las sienas traspasadas por espinas goteando sangre, abierto el costado, desgarradas las manos y desgarrados los piés, próximo á lanzar aquel último suspiro y aquel último gemido que llevó hasta la eternidad el eco de nuestros dolores y la sombra de nues-

tras acerbas tristezas en aquella última hora de la consumacion de todas las profecías por el holocausto de la divina víctima y del milagro de nuestra costosa redencion por el dolor y por el martirio. Y cuando habia visto todo esto con los ojos y tocándolo con las manos, sus sienes se taladraban, se abria su costado, llenábase de sangrientas nubes su vista, caíasele sobre el pecho la cabeza, llagábanse sus manos y sus piés, sentía en el alma todas las angustias como en el cuerpo todos los dolores del divino mártir, y salia por calles, por encrucijadas, por campos vertiendo lágrimas, pues aunque todos los seres creados llorasen por toda una eternidad la muerte de Cristo, no llegarían al dolor que tan sublime sacrificio debe merecer á la humanidad regenerada. Y la transfiguracion de Francisco es como la transfiguracion de Sócrates, como la transfiguracion de Cristo, como todas las grandes transfiguraciones, en el dolor y en el martirio.

V.

Los padres de Francisco se inquietaban mucho de los trasportes de su hijo, ellos que no se habian inquietado tanto de sus placeres. Pare-

cíales que en tal estado perdía la salud y arriesgaba la vida. Lo que más les apenaba era ver el demacrado rostro, la rugosa piel, los ojos vidriosos, las manos huesosas, la frente surcada, los pómulos caldeados, trémulos todos los músculos, ahuyentado el sueño de sus párpados enrojecidos, ocupada la mente de visiones, fuera de su cauce natural la vida, como si perteneciese á otro mundo. Las tradiciones refieren que un dia se fué á comunicar la vocacion de penitente al padre desconsolado. Temblaba en los labios de Francisco la palabra y crujíanle los huesos en las rodillas. Apenas acertaba á proferir una frase, porque preveía cuánta amargura iba á derramar en las paternales entrañas. Su familia habia soñado para aquel hijo querido con una posicion desahogada, con un comercio agrandado, con provechosos viajes allende los montes, con un matrimonio de conveniencia, con un influjo político en aquellas repúblicas donde ya comenzaba á sobreponerse la nobleza del trabajo á la nobleza del combate. Imaginaos cuánta sería su pena al oírle que despreciaba toda aquella fortuna aglomerada con tantos desvelos para él; que la quería repartir entre los pobres; que iba á darse á la soledad y á la contemplacion de las cosas eternas; que tosco sayal bastábale para sus carnes manchadas por el pecado, grosera cuerda para sus maldecidos riñones,

las hierbas del campo para alimento, las cavernas para vivienda y para reparar sus fuerzas, por todo licor el agua que la lluvia deposita en las líneas de las peñas, donde las aves se embriagan y toman fuerzas para perderse en lo infinito y henchirlo de cánticos que son verdaderas alabanzas al Criador.

Los padres no quieren jamás una carrera demasiado vertiginosa para sus hijos, un ministerio que pudiera traerles mucha gloria, pero también muchos dolores. Sublimemente egoistas, por preservarlos hasta del tormento de las humanas grandezas y del vahido de las inaccesibles alturas, los llaman á la felicidad vulgar que se encierra siempre en las doradas medianías de la vida. El padre de Ovidio no quería que su hijo cantase, como si adivinara que los cantares le habían de arrastrar al destierro y le habían de entristecer toda la existencia; el padre de Petrarca no quería tampoco oír que fuese, aquél á quien había consagrado para sacerdote de la Iglesia, amante de las Musas, como si temiera dolores tan agudos en gloria tan grande cual un amor sin esperanza; el padre de Miguel Angel le vedaba el buril, los pinceles y le arrancaba de los talleres, adivinando aquel genio aislado en su gloria como el Dios semítico en la eternidad, dolorido por las desproporciones gigantescas entre las ideas y los

medios de expresión, sin precedentes y sin posteridad, sin mujer y sin hijos, sin familia y sin amigos, sólo con el peso de sus pensamientos, grande, muy grande después de su muerte, pero desdichado, muy desdichado en la vida. El buen comerciante Bernardone quería para su Francisco el hogar y no las cavernas, el amor y no el tormento, la fortuna y no la miseria, la felicidad y no el combate, un lecho mullido en invierno y no la lluvia y el viento, un abrigo contra las tempestades y no el deshecho oleaje de embravecido mar de lágrimas, la felicidad vulgar y no la penitencia, la vida ordinaria y tranquila, pero no el dolor y el martirio, aunque luego le valiesen la inmortalidad. Así es que, ciego de cólera, le castigó duramente. Todavía se enseña en Asis el sitio donde le encerró y le ató para que no se escapase á emprender sus vocaciones celestes. Todavía se ve en una Iglesia el fondo de la oscura mazmorra, la efigie del santo en oración, su cuerpo atado con duras cuerdas, mustia luz iluminándole en aquel tormento aceptado con resignación como una nueva prueba de su amor á Dios. La madre, la madre cariñosa, amante, con las entrañas desgarradas, fué á soltar al pobre pajarillo enjaulado, á dejarle todo el aire y todo el cielo por que suspiraba, aún á costa de verlo llevarse en aquel vuelo desde el sacro nido al frío claustro

su corazón á pedazos. El santo corrió á su arbitrio por montes y por valles, se hincó en las alturas y se encerró en las cavernas; predicó á las aves del cielo y á los hijos del hombre; se armó contra todas las pruebas que pudieran aguardarle de estas dos ideas, de que el dolor debía tomarse como un presente del cielo y la muerte misma tenerse despues de sus horrores y de sus tristezas como una perfecta vision de Dios. Pero su familia no podia creer en esas extraordinarias vocaciones. El refran evangélico de que nadie puede ser profeta en su patria, se confirma siempre. La familia, los amigos, ven demasiado cerca las enfermedades del niño, las pasiones del jóven, las faltas del hombre, las miserias de la vida diaria para creer que pueda trasformar una edad, redimir un mundo, torcer la corriente de los tiempos, levantarse á las alturas donde brillan y truenan los héroes y los dioses de la historia. No saben los seres vulgares, allá en su órbita estrecha, de cuánto poder está dotada una fe profunda y de cuántas maravillas es capaz una virtud incontrastable. En aquellos predestinados á renovar el espíritu, á purificar la tierra, suele poner la previsora Providencia facultades en armonía con sus maravillosos fines, como la naturaleza da órganos en proporcion con sus respectivos destinos en la vida universal á todos los seres orgánicos. Una

vocacion extraordinaria, un trabajo hercúleo, una elocuencia maravillosa, un amor incomprensible al combate y al martirio, una inspiracion febril, suelen, desequilibrando las facultades, dar al predestinado, juntamente con inmarcesibles glorias, irremediabiles desgracias y defectos. Al fin, toda verdadera grandeza se resuelve en verdadero martirio, y algo hay por necesidad que quitar de todo cuanto favorece á la familia y al hogar, en aquellos destinados á servir desde los resplandores de la gloria, esa hoguera voracísima y martirizadora, á toda la humanidad y á toda la tierra.

Imagínese el efecto que produjera entre el vulgo ver convertido en penitente al galan, y sus cánticos en sermones, y sus brocados en sayal, y sus amores fáciles en heridas profundas, y sus orgías en penitencia, y su vida ligera en muerte anticipada por el sacrificio y por el martirio. Unos se reian á hurtadillas, pero otros á mandíbulas batientes y en su cara. Los más le tenian por loco. Tirábanle los chiquillos de la calle piedra y barro; azuzaban los perros para que le mordieran; seguíanle en tropel como á un bicho raro, mofándose de él, escarneciéndole, insultándole, entre la pública algazara. Pero contra todas estas amarguras tenía el pobre solitario su incontrastable resignacion. No hay sino leer el capítulo octavo del libro titulado: *Fioretti di San Francesco*, que se

encuentra á cada paso por las librerías de Italia. Andaba el santo en compañía de un su hermano en Cristo llamado Leon, desde Peruza á la Virgen de los Ángeles, por mal camino y ágrío tiempo. El viento era huracanado, y el frío intensísimo. Viendo Francisco tiritar á Leon, propúsole una especie de problema, á saber: que acertára dónde estaba la verdadera alegría. Leon no podía acertar, y San Francisco le dijo: ¿Pues no es verdadera alegría volver el oído al sordo, el movimiento al paralítico, la vista al ciego, la vida al muerto; ni saber todas las lenguas, ni profesar todas las ciencias, ni descubrir todos los misterios de lo pasado y los secretos de lo porvenir, ni conocer las cosas divinas y humanas, ni predicar de tal manera que se convirtiesen por un solo sermón todos los infieles á la fe; encontrárase la verdadera alegría en que, al llegar á nuestro convento, calados por la lluvia, transidos de frío, exhaustos de fuerzas, muertos de hambre, y llamar á la portería, el portero nos preguntase quienes éramos, y dándole nuestros nombres, nos desconociese y nos creyese dos malhechores errantes por el mundo en acecho de las ajenas haciendas, y saliera y nos agarrára por la cogulla y nos derribára al suelo, y arrastrándonos sobre el barro helado, nos diese con nudoso palo tal paliza, que nos quedáramos ambos por muertos, amaratados

de los piés á la cabeza; que entre los dones del Espíritu Santo el mayor es vencerse á sí mismo y soportar todas las injurias y todos los dolores y todas las tribulaciones por la gloria de Cristo. Así, al principio de su conversión, viéndole triste y cabizbajo sus amigos, preguntábanle si se fijaba al cabo en alguna dama y padecía de amor, á lo cual contestaba en el estilo caballeresco propio de los libros más leídos entónces, que el amor le metía en su fragua y lo abrasaba y lo enrojecía como á hierro candente, trastornándole por una dama cuyo recuerdo tenía siempre en la memoria, y el nombre en los labios, y la divisa en el pecho; la más noble, hermosa y buena que podía soñarse, á saber: la pobreza, hija del cielo y tendida sobre los estercoleros de la tierra, pero con poder bastante á desasirlo de todas las miserias terrestres y elevarlo á la vision de Dios y á la compañía de los ángeles, pues recibió á Cristo en el establo y lo condujo hasta el Calvario, y cuando sus discípulos le abandonaban y corrían á ocultarse de las iras de los tiranos y de las furias de los elementos y la Virgen Madre no podía llegar hasta su divino cuerpo desde el pié de la Cruz, la pobreza, invisible, pero presente en lo alto, le abrazaba y le veía más cerca que nunca como la esposa inseparable del Redentor, tanto en vida como en muerte.

Llevado de estas inspiraciones, fundó sobre aquel férreo mundo feudal la órden de su nombre, que se alzaba en estas tres virtudes capitales : en la castidad más pura, en la pobreza más grande y en la obediencia más ciega, como holocaustos ofrecidos á la pasion y á la memoria de Cristo. Y despues de haber consumido su vida en la caridad; despues de haber organizado su Asociacion, compuesta de pobres y humildes; despues de haber sido un ideal viviente de penitencia, á los cuarenta y cuatro años, atormentado por todo género de enfermedades, absorto en toda suerte de éxtasis, perteneciendo á este mundo por los últimos eslabones del tiempo y de la vida, y á otro mundo mejor por los llamamientos de su inquieto deseo, San Francisco entró en agonía, y al comprender que no le quedaba en este bajo mundo cosa alguna por intentar, y que se iba á otra vida, apretóse sayal y cilicio, amontonó como lecho propio de su cuerpo desgarrado frias cenizas, hincó las rodillas y plegó las manos, puso los ojos en el crucifijo, llamó á los monjes sus compañeros para que en torno suyo entonáran al són del órgano la poesía y los cánticos compuestos en las horas de místico deliquio, los cuales encerraban el *Te Deum* consagrado por todas las cosas creadas desde el sol hasta la luciérnaga á su Creador, y recibiendo la muerte en sus párpados como si recibiera tran-

quilo sueño, volóse el alma en pos de lo infinito, á la manera de una melodía religiosa, de una nube de incienso, de una amorosa plegaria, de una etérea llama.

La muerte es verdadera trasfiguracion. El sér más vulgar crece y se vuelve un sér sagrado en el sepulcro. Encierran los cadáveres en su ataud sus errores, sus faltas y sus vicios, como si fueran los gusanos de la podedumbre y sólo exhalan los aromas de la virtud, como si la virtud solamente fuera el alma inmortal. No debiamos pintar la muerte como un esqueleto, con los ojos cavernosos, huecos, vacíos, y la guadaña en las huesosas manos despojadas de venas, fibras, nervios y piel; debiamos pintarla como divino ángel, sonriente, gozoso, luminoso, que recoge las almas en sus blancas inmaculadas alas y á traves de lo infinito, entre los coros de las estrellas, se las lleva para engarzarlas allá en la inmensidad de los cielos. El sepulcro vacío, oscuro, silencioso, donde todo acaba, es un océano de luz y de vida. El problema de nuestra existencia no está en vivir, sino en morir; no está en pasar por este mundo, donde todos combaten, quieran ó no; está en llegar al puerto seguro de la muerte, donde todos descansan. La creencia general no se engaña cuando afirma que nuestra tumba es cuna, nuestro ataud lecho, y el cadáver podrido para este mun-